

LAS FIESTAS EN LA FACTORY

Por Francisco Copello, artista visual.

“Conocí a Warhol el 67 bailando en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York. Mi ex esposa, Susan Stevens, formaba parte del staff y me conseguía entradas para las aberturas de exposiciones. Esta vez, era la inauguración de James Rosenquist. Era la primera vez que el museo exponía a un artista pop, que ya llevaba tres años de fama. Después de la presentación entró una orquesta que tocó música de los años 40 con un ritmo que me inspiró bastante y me puse a bailar. Cuando paré, Warhol se me acercó, rodeado por su séquito, y me dijo muerto de la risa, que debía ser latino por la forma en que bailaba. Yo pensé ¡quizá qué comentó con sus amigos! “Los elegantes”, eran conocidos por hacer comentarios muy satíricos. Warhol aunque era irónico, no era hiriente. Yo le conté que era de Chile y que estaba haciendo impresiones en Nueva York. Conectamos en el gusto por el grabado y la impresión. Le caí bien y me invitó a la Factory. Para mí era difícil ir porque estaba casado y, además, me levantaba muy temprano para trabajar. Igual fui y me encantaron las fiestas. Había de todo, gente que se dedicaba a la publicidad, modelos, fotógrafos, cineastas del underground. Y otros que no conectaban con el ambiente, que era muy extravagante. Andaban mujeres de lo más producidas con lentes oscuros, que yo encontraba tan ridículo, o tipos que subían al loft en moto. Además era un lugar muy sexual y con mucho tráfico de anfetamina, con lo que las personas no paraban de hablar. Warhol era un voyeur y un lacónico, le gustaba observar y escuchar desde su sofá rojo. Aunque muchas veces se encerraba en su estudio y no participaba de las fiestas. Cuando tocaban los Velvet era un castigo, eran de lo más asonantes y cuando todos estaban bailando cambiaban el tempo. Nico, la vocalista era estupenda pero cantaba pésimo. Era un lugar desordenado. Después de que Valerie Solanas le disparó a Warhol fue mucho más controlado. Hay un antes y un después del disparo. Yo me fui a Europa poco después del incidente, y no volví averlo hasta el '84. Apenas llegué a Nueva York fui a su casa porque necesitaba un

trabajo. Él ya no vivía en la calle 47 Este, en un enorme loft que iba de calle a calle, entre la 32 y la 33, al lado del Empire State Building. Estaba todo elegante, como en otra realidad, y me dijo: “¿Y tú, perdiste la memoria en Europa?” El loft era increíble, tenía una enorme cantidad de objetos, embalsamados, muebles Art Déco, Art Nouveau, objetos federales y del arte propiamente americano como caballos y jarrones. Era un gran coleccionista de cosas extrañas. Conversamos, nos pusimos al día, y me incluyó en el video que estaba produciendo para los Cars. También me ayudó pasándome serigrafías para que yo las vendiera y me quedara con un porcentaje. Me acuerdo que los Cassius Clay se vendían mucho.

“EN LAS FISTAS DE WARHOL HABÍA DE TODO, GENTE QUE SE DEDICABA A LA PUBLICIDAD, MODELOS, FOTÓGRAFOS, CINEASTAS DEL UNDERGROUND. ERA UN LUGAR MUY SEXUAL Y CON MUCHO TRÁFICO DE ANFETAMINA”.

Me pagó bien. En esa época Warhol ganaba mucho haciendo retratos de famosos y con su revista Interview, que lo fascinaba porque podía determinar lo que estaba in y lo que estaba out. Salía él mismo a repartir los primeros ejemplares de cada número a sus clientes predilectos. Lo acompañé muchas veces a Madison Avenue a las tiendas y a las galerías a entregar la revista. Cuando lo iba a ver, me recibía rodeado de unos perros enanos que eran insoportables. Él estaba mucho más calmado, ya no era la locura de los '70, seguía trabajando mucho pero ya estaba carreteado. En la intimidad de su estudio no estaba en un pedestal, era un Andy diario, que le gustaba hablar de la vida social, del mundo gay, de Hollywood, bromear sobre lo que pasaba en el mundo y contar historias divertidas. Una de ellas fue que estaba



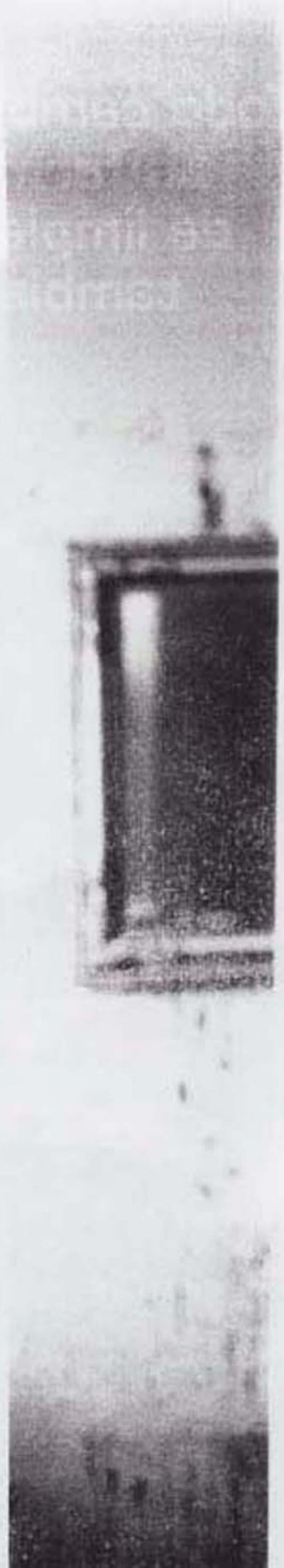
Alvaro Cofré

en una librería en el Soho firmando un nuevo libro que había sacado, y llegaron unas niñas que se notaba que eran feministas y bien terribles. Una lo hizo firmar el libro y conversarle, mientras la otra por detrás le levantó el peluquín y salió corriendo con él. Llamaron a seguridad y él se fue a meter al baño muerto de vergüenza con su calvicie que odiaba. Mi último recuerdo es en blanco y negro, fue negativo. Yo le propuse hacer unos grabados en metal, él aceptó. Teníamos las imágenes elegidas y todo listo, sólo faltaba el dinero para hacerlo, porque Warhol era un buen negociante y sólo hacía proyectos financiados por otros. Yo me lo conseguí con un señor de Chicago de apellido Rosenthal, pero el tipo era un imbécil y se demoró en pasármelo. Warhol se fue a Italia y volvió enfermo. A los pocos días se fue de este mundo. Me dejó bastante frustrado.

COPELLO TECNICOLOR

Mito viviente del artista incomprendido, Francisco Copello es el primer chileno en hacer arte corporal. Salió de Chile muy joven, fue amante de Warhol, en Nueva York ganó dinero con sus grabados y en Italia, fama con sus actuaciones. Después lo perdió todo, regresó al país y aquí sigue siendo un extranjero. Su performance más dramática es su propia vida: tiene aventura, sexo, dinero, glamour, escándalo, drogas, traiciones, locura y pobreza. Y aún está en rodaje.

POR CATALINA MENA FOTOGRAFÍA CAROLINA VARGAS



En Nueva York, Copello entendió la performance como su arte. "Redescubrí todo eso que tenía de adolescente, de transformarme, de interpretar roles y hacer performance. Yo hacía eso frente al espejo, sin ponerle nombre, pero entonces todo cobró sentido".





LOS 67 AÑOS, FRANCISCO COPELLO TIENE UN CUENTO QUE MUCHOS ARTISTAS CHILENOS SE QUISIERAN. Tras un largo período en el extranjero, durante el cual realizó una exitosa y accidentada carrera, retornó hace nueve años y se ha dedicado a llevar a su obra las vicisitudes de su biografía. Hace poco mostró dos performances en el Museo de Bellas Artes en las que habla del éxito efímero, del glamour decadente y, sobre todo, del mal pago que ha recibido de Chile. A pesar de ser el primer chileno en desarrollar el arte corporal y de tener un conocimiento privilegiado en las técnicas del grabado, su mérito no ha sido lo suficientemente reconocido.

Copello no tiene celular, ni isapre, ni jubilación, ni auto, ni casa propia. Se está recuperando de un enfisema pulmonar y tiene algunos amigos doctores a los que les paga con grabados y collages. Instalado en un pequeño departamento que arrendó en la calle Rancagua, practica yoga todas las mañanas, se echa aceite emulsionado en las coyunturas de su bien mantenido cuerpo, hace gárgaras con duranil, pinta veinticuatro horas diarias, es flaco-flaco porque muchos alimentos le provocan aftas y le sueltan la placa dental, lleva las uñas largas porque le crecen demasiado rápido y se le olvida cortárselas, baila rock and roll como los dioses, escribe en

EN UNA FIESTA APOTEÓSICA EN EL MUSEO METROPOLITAN DE NUEVA YORK, CON UNA REGIA ORQUESTA, COPELLO SE CONVIRTIÓ EN TORBELLINO. UN JOVEN ESTRAMBÓTICO SE LE ACERCÓ Y LE DIJO: "BY THE WAY YOU DANCE, MY DEAR, YOU MUST BE LATIN" (POR EL MODO EN QUE BAILAS, QUERIDO, DEBES SER LATINO). ERA EL MISMÍSIMO WARHOL.

papeles que se desparraman por todos los rincones y se da el gusto de tomarse tres whiskys en la tarde "porque ayudan a la circulación", explica. Dice que ama su soledad y que, a estas alturas de la vida, asume que nunca será profeta en su tierra. "Más que un fracaso siento olvido, falta de reconocimiento. Mi peor error fue haber vuelto a Chile, porque yo en Nueva York siempre sabía cómo conseguir dinero, estaba mucho más adaptado al circuito del arte. Acá soy un extranjero, nadie entiende lo que hago. Además, llegué tarde a la reparación de la pequeña torta chilena y a los artistas que están apenados no los sacan ni con grúa".

Tormentos y torbellinos

Hijo muy esperado de una pareja de inmigrantes italianos que tras diez años de matrimonio recién pudo concebir, Copello supo desde muy chico que era artista y homosexual y armó el guión de una vida jugada al borde. Su padre era un genovés que a los 15 años huyó de su casa para venirse a Sudamérica. Se quedó en Tacna y allí hizo fortuna. Volvió a lucir su botín a Europa y allá montó una industria. Luego se casó con la madre de Francisco pero llegó la gran depresión económica de los años 30 y la pareja decidió venirse a Chile para instalar la fábrica de pastas Bandera. En 1938 nació Francisco y, cinco años más tarde, su hermana Rosa.

Copello estudió en los Padres Maristas y en la Scuola Italiana y luego entró a Derecho para arrancarse de la fábrica paterna a la cual estaba predestinado. Pero después de seis meses en la universidad, tuvo que entrar al negocio familiar, porque su padre se enfermó. Estuvo tres años contestando el teléfono y haciendo guías de despacho. Para matar el agobio, dibujaba caras en un cuaderno y fantaseaba con los personajes que aparecían en la revista *Écran*. "Estaba muriéndome de aburrimiento y a toda costa quería sacarle el pote a ese trabajo. Así es que inventé algo para irme de Chile".

Pero no todo era el aburrimiento, también estaba el peso de ser homosexual en una sociedad que lo discriminaba. "Yo tenía una doble vida. Trabajaba de día y de noche me metía con mis amigos gays. Pero todo era escondido. Me gustaba mucho bailar, iba a fiestas con vecinos. Bailaba rock and roll y bailes tropicales, pero también me gustaba el tango".

—¿Tu papá no sabía que eras homosexual?

—Debe haber sabido, porque los padres tienen intuición. Y yo era bien loca, me chiflaban mucho los camioneros.

—¿Y a qué edad te diste cuenta de que eras gay?

—De bien chico. Mis primeras relaciones homosexuales fueron en el colegio, debo haber tenido 10 años.

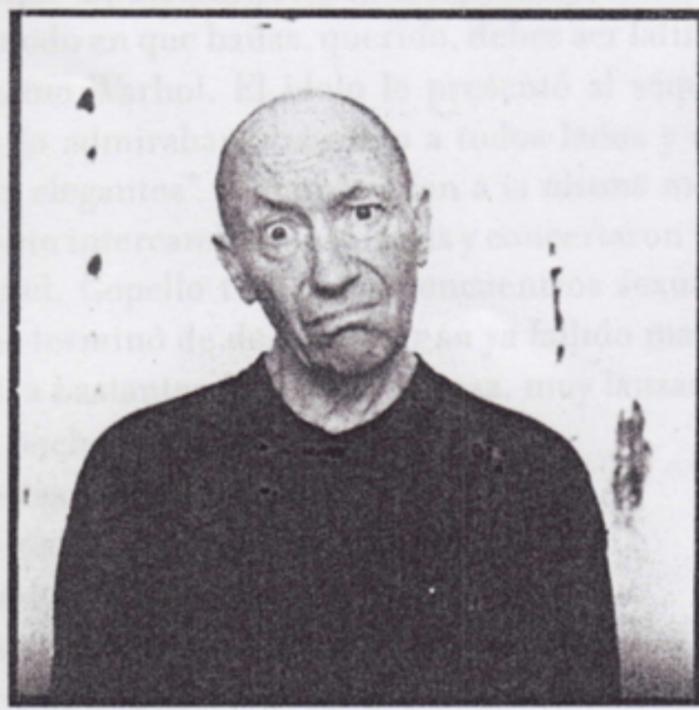
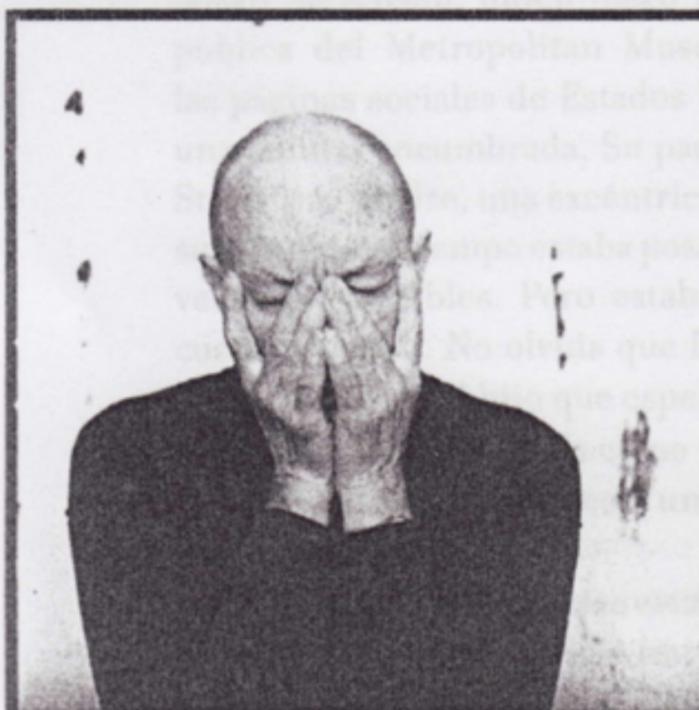
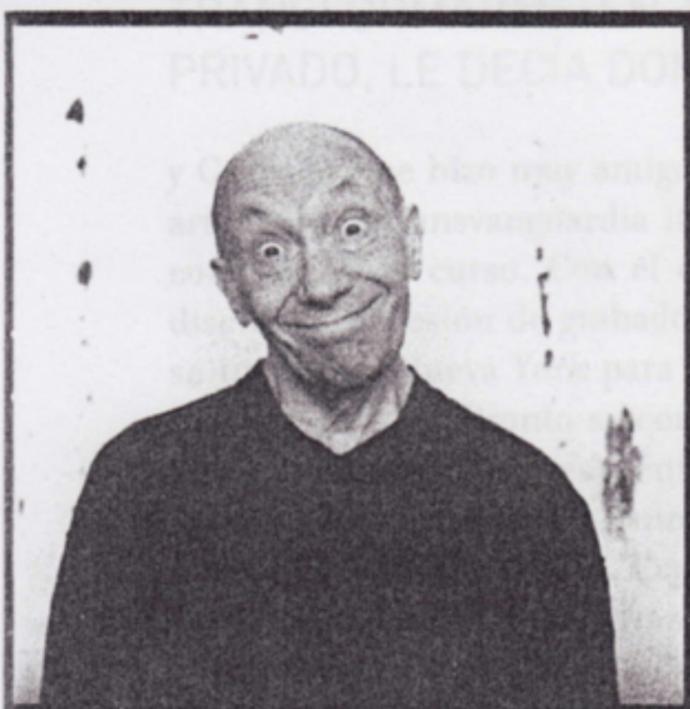
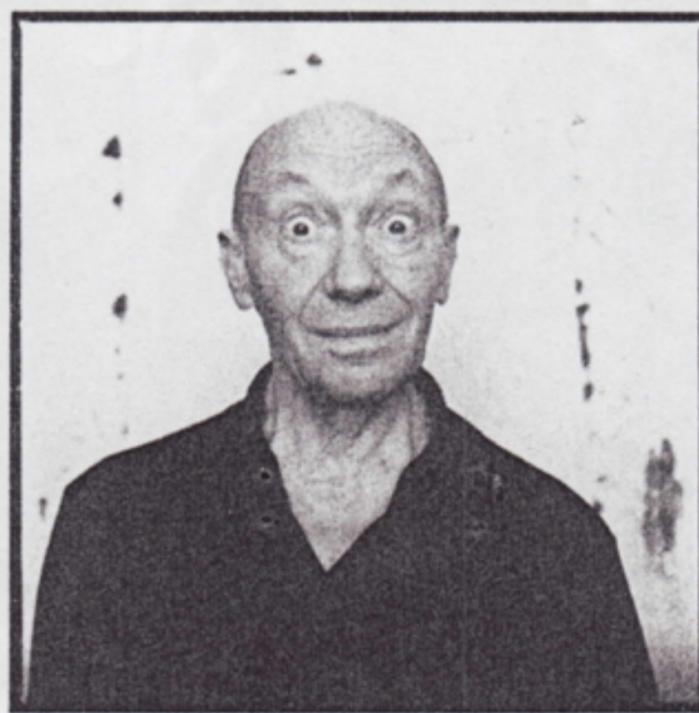
—¿A esa edad tuviste relaciones propiamente sexuales?

—Sí, a esa edad. Era una cosa medio agreste, pero igual aprendí. Fue con el hermano de un compañero de curso, que era un poco mayor que yo.

—No debe haber sido fácil llevar eso de niño...

—Me molestaban mucho. Yo era un ser raro, un loco, un tipo que no podía vivir en Chile. Siempre supe que acá la cosa gay no iba para ningún lado, mis relaciones sentimentales fueron de mucho sufrimiento.

A los 23 años, Copello postuló a una beca y partió a la Academia de Bellas Artes de Florencia. Allí estudió Pintura



"EL AMOR YA PASÓ. ESTOY EN MIS ÚLTIMOS AÑOS Y NO TENGO LA MISMA ENERGÍA. YA NO ASPIRO A MUCHA AVENTURA, QUIERO ESTAR TRANQUILO, CON MI MENTE, CON MIS PINTURAS, MIS TEXTOS. A ESTAS ALTURAS ACEPTO MI VIDA, ME CAIGO BIEN Y HAY MUCHOS MOMENTOS EN EL DÍA EN QUE SOY FELIZ".



"SIEMPRE SENTÍ MUCHA ATRACCIÓN HACIA LO FEMENINO. DESDE CHICO ME GUSTABA TRANSFORMARME EN MUJER", DICE COPELLO, A QUIEN EL ARTISTA JUAN DOWNEY, EN PRIVADO, LE DECÍA DOÑA FRANCISQUITA.

y Grabado y se hizo muy amigo de Sandro Chia, el famoso artista de la transvanguardia italiana, que entonces era su compañero de curso. Con él experimentó en técnicas de diseño e impresión de grabados y, a finales de esa década, se trasladó a Nueva York para perfeccionar su oficio en la Pratt University. Pronto se convirtió en una de las figuras más innovadoras y sobresalientes del grabado neoyorquino: no sólo tuvo el reconocimiento de la crítica y el importante premio Nicolás Copérnico. Expuso en varias galerías y tuvo fieles coleccionistas que le compraban todo lo que hacía.

Llegando a Nueva York se casó con la norteamericana Susan Stevenson, quien luego trabajó como relacionadora pública del Metropolitan Museum. Su boda apareció en las páginas sociales de Estados Unidos ya que Susan era de una familia encumbrada. Su padre era un ejecutivo de Wall Street y su madre, una excéntrica diseñadora de modas. "Mi suegra todo el tiempo estaba posando, vivía en fiestas y usaba vestidos increíbles. Pero estaba totalmente alcoholizada", cuenta Copello. No olvida que fue su suegra quien obligó a Susan a abortar el hijo que esperaban, ya que consideró que el chileno no daba la talla como para criar a un nieto suyo.

—¿Por qué te casaste con una mujer si ya estabas asumiendo como gay?

—Por un lado, yo creo que estaba ambivalente y pensé que, en algún momento, podría revertir mi tendencia. Además, siempre sentí mucha atracción hacia lo femenino. Desde

chico me gustaba transformarme en mujer.

Tras dos años de matrimonio, la pareja se separó. Copello no pudo resistirse a sus inclinaciones homosexuales y cayó seducido por el gay power de Manhattan, en el cual desfilaron figuras tan descollantes como Andy Warhol, que en esa época ya era estrella del pop art. Copello lo conoció en una inauguración del Museo Metropolitano. Era la primera muestra de arte pop que hacía ese museo y fue muy publicitada. En una fiesta apoteósica con una regia orquesta que tocaba música de los años cuarenta, Copello se convirtió en torbellino. De pronto, un joven estrambótico y sonriente se le acercó y le dijo: "*By the way you dance, my dear, you must be latin*" (Por el modo en que bailas, querido, debes ser latino). Era el mismísimo Warhol. El ídolo le presentó al séquito de chicos que lo admiraban y seguían a todos lados y que él llamaba "los elegantes" porque vestían a la última moda sesentera. Pronto intercambiaron tarjetas y concertaron una cita. Con Warhol, Copello tuvo varios encuentros sexuales furtivos, lo que terminó de desmoronar su ya fallido matrimonio. "Yo fui a bastantes fiestas en su casa, muy lanzadas. Él se metía en boches, armaba orgías".

—¿Y esas fiestas eran conocidas?

—No, ¿estás loca? Ésas eran las cosas privadas.

—Era perversillo Warhol...

—Si no fuera así, no habría sido el artista que fue.

Al poco tiempo, Copello conoció al pianista chileno Fer-

Copello no tiene celular, ni isapre, ni jubilación, ni auto, ni casa propia. Se está recuperando de un enfisema pulmonar y tiene algunos amigos doctores a los que les paga con grabados y collages.

Instalado en un pequeño departamento que arrendó en la calle Rancagua, practica yoga todas las mañanas, se echa aceite emulsionado en las coyunturas de su bien mantenido cuerpo, pinta veinticuatro horas diarias, es flaco-flaco porque muchos alimentos le provocan aftas y le sueltan la placa dental y lleva las uñas largas porque se le olvida cortárselas.



nando Torm. Fue su primera relación homosexual seria y con él vivió por más de tres años. Juntos armaron un taller de grabado, música y danza, donde se congregaban artistas de las vertientes más experimentales del momento. Pero la relación con Torm llegó a un punto crítico. "Fernando Tormento": así rebautizó Copello al gran amor de su vida. "Llegamos a tener una relación tortuosa, totalmente patológica. Yo fui enloqueciendo de celos. Fernando estaba en Nueva York con una beca Fulbright para estudiar con Claudio Arrau, pero las ocho horas frente al piano se le hacían tediosas y cada día se tentaba más y más con dejar el piano y salir a la calle a putear. Me provocaba con sus aventuras con deliciosos efebos y, cuando yo explotaba en ira, él se sentía orgulloso de despertar esas pasiones".

Mi arte es mi cuerpo

Para salvarse de esta locura amorosa Copello decidió trabajar con su cuerpo. Entonces no imaginaba aún que se iniciaba en el camino de la performance que marcaría para siempre su carrera artística. Usando sus contactos en Nueva York, consiguió que le hiciera clases la coreógrafa Laura Dean, que estaba revolucionando la danza moderna. Con ella aprendió a girar en círculos concéntricos más de veinte minutos sin marearse y descubrió los mil y un recursos de

su talentoso cuerpo. Laura le presentó a Robert Wilson, el creador del teatro visivo, que consistía en hacer especies de cuadros vivos con los actores. "Robert me voló la mente. A través de él redescubrí todo eso que tenía de adolescente, de transformarme, de interpretar roles y hacer performance. Yo hacía eso frente al espejo, sin ponerle nombre, pero entonces todo cobró sentido".

Inspirado por Wilson, Copello desarrolló sus primeras performances y, hacia finales de 1972, decidió regresar a Chile. Nemesio Antúnez, entonces director del Museo de Bellas Artes, le ofreció su espacio para realizar una performance titulada *Pieza para locos*, que parodiaba lo que el país vivía en aquel momento. Aprovechando la oportunidad y siguiendo secretamente a su tormentoso amor que también se había venido, Copello volvió. Quería mostrar los conocimientos que había adquirido y, de paso, hacer posesión efectiva de varios bienes familiares. Pero las circunstancias estaban en su contra. Le fue mal en la repartija de la herencia familiar y, además, no pudo hacer la performance en el Bellas Artes que, cabalísticamente, estaba programada para el 12 de septiembre de 1973, justo un día después del golpe. Aparte del caos en el país, Copello sospecha que hubo otras razones que complotaron contra su debut. "Yo creo que Nemesio temía que yo le armara un escándalo en el museo. Además, yo estaba trabajando con la Vicky Larraín, que en Chile tenía

mala fama porque en Nueva York se empelotaba por dinero y bailaba como gogo girl en bares. Toda esta mala fama, de la Vicky y mía, a Nemesio le complicaba, porque además en la performance aparecían muchos actores piluchos”.

Ya, a finales del año 73, Copello emigró nuevamente y pasó por Nueva York, donde participó en una performance del artista Juan Downey, quien, en privado, le decía doña Francisquita. Al poco tiempo partió a Milán, donde la performance estaba mucho más desarrollada y existían escuelas y galerías especialmente dedicadas a este arte. Allí desarrolló una extensa carrera durante casi 10 años, viajando por distintos países y festivales, dando espectáculos, enseñando y posando para destacados fotógrafos como Guiseppino Pino, Giovanna del Magro y Giuliana Traverso.

En 1984, volvió a Nueva York y se contactó con Andy Warhol, quien había perdido su encanto de juventud. “Warhol se había vuelto muy ácido. Tenía como 57 años pero parecía un anciano. Ya no tenía ganas de nada y tampoco tenía amantes. Al único que le conocí fue a un tipo que trabajaba para la Paramount Picture. Warhol siempre tuvo el sueño de hacer una gran producción en Hollywood y por eso andaba con él. Pero ya no tenía energía”, cuenta Copello.

Aún así, Warhol seguía involucrándose en proyectos que delegaba en sus asistentes y, a mediados de los ochenta, hizo una película para el grupo musical The Cars, en la que

—Con pura fuerza de voluntad. Lo que me pasaba es que cuando dejaba de jalar no tenía ninguna energía, por lo tanto volvía a jalar para sentirme más energético. Y lo que hice fue irme a una montaña y estar un mes de guata al sol para adquirir energía solar.

—Pero en tu vida has tenido onda con las drogas. También tomaste ácido...

—No me siento adicto, para nada. Siento que ha sido un afán experimental. Eso comenzó cuando estuve con Fernando Torm. Él me presentó a Claudio Naranjo que estaba metido en los viajes lisérgicos de Castaneda. Ahí tomé LSD para hacerme una terapia.

Ya a mediados de los noventa, Copello sintió que la película neoyorquina llegaba a su fin. Sandro Chia se había ido, sus coleccionistas eran escasos, no tenía dinero, Warhol había muerto y muchos de sus amigos también. En 1996 regresó a Chile. Desde entonces ha hecho clases de Grabado y ha expuesto su obra gráfica, sus collages y sus performances, pero se queja de que no tiene compradores.

Cual Warhol tercermundista, Copello tiene su fan club de chicos gays bastante jóvenes, que se dedican informalmente al arte. Cuando Copello expone lo esperan a la salida y luego se van con él al bar Vox Populi. Lo van a ver a su casa, le llevan imágenes para que haga collages y cajitas para que decore. “Yo me llevo bien con ellos, con los viejos no me ajusto”,

CUAL WARHOL TERCERMUNDISTA, COPELLO TIENE SU FAN CLUB DE CHICOS GAYS BASTANTE JÓVENES. CUANDO EXPONE LO ESPERAN A LA SALIDA Y LUEGO SE VAN CON ÉL A UN BAR, LO VAN A VER A SU CASA Y LE LLEVAN IMÁGENES PARA QUE HAGA COLLAGES.

Copello tuvo un importante papel. Aunque ya no había relación sentimental, la amistad se intensificó. “Lo iba a ver acompañado de Sandro Chia. Andy estaba regiamente sentado en su trono, escuchaba a sus visitas y acariciaba a sus perros enanos chinos. Cada tanto se arreglaba su llamativa peluca que le desordenaban los perros”, cuenta.

—¿Y por qué estaba tan reventado?

—Porque consumía mucho speed, anfetaminas, todo lo que son los ups, los tira pa’ arriba. No tomaba mucho alcohol, comía poco y decía que nunca se cansaba. Era porque siempre estaba empedado. Tomaba pastillas para adelgazar que eran pura anfetamina. Él nunca lo reconoció.

Durante esos años, Copello volvió a instalar su taller Frank Copello Printshop, pero no recuperó el éxito de comienzos de los setenta. Se metió de cabeza en la cocaína. “Estuve como cuatro años en eso, entre el 89 y el 93”, relata.

—¿Y cómo te metiste en la coca?

—Por un amante mulato. Pasábamos todo el día jalando. Me gasté todos mis ahorros. Y ahí me fui a la mierda. El dealer que me vendía la coca se quería llevar hasta el perro, porque yo le debía plata. Y era un perro precioso.

—¿Cómo saliste de la coca?

dice Copello, aunque aclara que son sólo amigos. “El amor ya pasó. Estoy en mis últimos años y no tengo la misma energía. Ya no aspiro a mucha aventura, quiero estar tranquilo, con mi mente, con mis pinturas, mis textos. A estas alturas acepto mi vida, me caigo bien y hay muchos momentos en el día en que soy feliz. Me interesa lo que hago. Soy muy bueno con mis manos”, dice mostrando sus trajinados dedos.

—Oye, tus uñas están muy largas...

—Largas y sucias.

Copello se levanta y va hacia la cocina para echarle más hielo a su whisky. Su figura alargada avanza por el pasillo. De espaldas es un auténtico maniquí, incólume a los años y al desgaste de la carne. Hace poco se había dejado crecer el pelo, pero ahora que llegó la primavera ha vuelto a su típico look de cabeza rapada, porque dice que así la imagen es más neutra y eso le permite transformarse en cualquier personaje. Mientras camina comenta: “¿Sabes? Mi único problema es el cash”, como si quisiera resumir el leitmotiv del día. “No me interesa ser rico, sólo tener el cash para salvar el día. Porque acumular riqueza y éxito no te salva de la muerte”, dice, mientras caen tres hielos sobre el vaso. “Lo único que tenemos es el cuerpo y mi cuerpo es mi arte”. ❧